

*Abuela es más que madre (La memoria sigue activa)*

**Epílogo. Últimos datos y despedida.**

\*\*\*\*

Lo que sigue, es el epílogo y despedida que la abuela ha escrito o manifestado de forma oral, y que completa o da terminación (por ahora) a la biografía o relato novelado que describí en el libro contenido en la portada que sigue. (José Luís Sánchez)



*Y los datos hoy, mes de agosto de 2013 y en primera persona, son:*

Yo, la abuela, 90 años  
Tuve 13 hermanos  
Y 10 hijos y 5 hijas = 15  
Y nueras y yernos varios  
Y 33 nietos y nietas. Y 21 biznietos  
Los tataranietos no tardarán en llegar  
He vivido dos guerras inciviles de brutos  
Crisis, muchas crisis, sufridas y dejadas atrás  
Trabajo sin descanso hasta que se pudo. Ya, no es posible  
Envejecimiento, aunque no lo parezca, normal. Así es la vejez

Y, lo mejor: mi memoria sigue activa, lúcida y despierta. Me acompañan mis recuerdos

## Introducción

Han pasado trece años desde que escribí, me escribieron, mi autobiografía. Y han pasado muchas cosas desde entonces pero, sobre todo, han llegado a mí nuevos recuerdos del pasado. ¿O son los mismos?

Porque a pesar de que he sobrepasado los 90, mi memoria sigue activa. Y se reflejan en ella, en muchas ocasiones, vivencias tan nítidas como si hubieran ocurrido ayer. ¡Lo que es la mente, esa gran desconocida! Pero..., no quiero entrar en eso, que poco entiendo sobre ello, y ciñámonos a esos recuerdos.

Es verdad que muchos de mis recuerdos ya los dejé escritos, con algo de ayuda eso sí, pues yo llegué tarde al mundo de los ordenadores y esos aparatos infernales que no acabo de entender del todo, aunque manejo un teléfono móvil, leo en un libro electrónico y, ¡qué voy a decir!, me siento una persona que se adapta al signo de los tiempos. Pero no, no, la era tecnológica puedo entenderla más no practicarla.

Quizá, por eso, mi mente insiste en que siga contando las cosas que a ella llegan en forma de añoranza, de dolor, de miedo, de felicidad, de cariño, de..., en fin, de todo aquello que a uno le suele pasar en la vida y que es, en sí, lo que ha vivido. Eso sí, me va mejor contarlas o, como mucho, escribirlas con torpes letras ya que ni aprendí bien a escribir, ni ahora con la edad me salen muy elegantes. Es lo que hay.

Sí, se que este preámbulo no lo escribo yo, si no mi hijo que traduce mis sentimientos y que tratar de buscar las palabras más acertadas para expresarlos. Me vais a perdonar que le deje expresarse así pues, en conjunto, estoy de acuerdo con su forma de decirlo y sentirlo pues, a todo lo que escribe, yo le doy el visto bueno previo antes de imprimirlo o darlo a leer a otros. Y, por tanto, estoy de acuerdo con ello. Y es que, además, las cosas son así, de toda la vida: una, en este caso yo, piensa y un negro hace el trabajo de escribir: yo pongo la materia prima, lo que realmente importa, y él hace unos arreglillos para que parezca que hasta sé escribir ¡cosas de la vida moderna!

Así que, entremos en materia. Antes de nada he de decir que puede ser que repita algunas cosas sobre las que ya dejé escritas anteriormente mis impresiones. Pueden ser nuevas versiones o, simplemente, que mi mente insiste en esos temas. No me lo tengáis en cuenta. Aunque..., bueno, no quiero adelantar acontecimientos.

Y ahora sí, estos son esos últimos recuerdos que me llegan en este tiempo, muy cerca de cumplir mis 91 años de vida. Estamos en el año 2013. Así que, vamos a ello.

En primer lugar, quiero decir que...

## Una aclaración previa del negro escribiente

Antes de entrar en los recuerdos (o lo que la abuela nos quiere decir en esta epístola) de forma directa, quiero señalar los principales efectos de la lenta y persistente llegada de la vejez, que a nadie perdona, y que ella los cuenta como los vive y que yo los interpreto como un agravamiento o deterioro lento y paulatino de su salud. Pero esto es lo normal, según mi médica. Ella dice que, sí, tienes esto, aquello y lo otro pero..., es lo normal a tu edad. Así que la abuela tiene una salud normal. Yo diría que mejor que normal, pues llegar a su edad con todas sus capacidades mentales intactas es la mejor manera de envejecer. Y los dolores, la vista, los dientes, las piernas que no responden, etc., no son más que piedrecitas en el camino que todos seguiremos antes o después. Así que, abuela, tienes una vejez muy saludable. Aunque, según ella:

- Desde septiembre de 2011, a los casi 89 años, y debido a que en la boda de Jose el de Isabel en la plaza de toros de El Pilar tuvo que subir una rampa y bajar unos escalones, ya no puede tener movilidad normal, no puede andar y está atada al sillón de casa y para salir necesita silla de ruedas.
- Desde los 75 años aproximadamente necesita medicación continuada para los mareos, pérdida de equilibrio y demás puñeterías. A los 90, toma seis clases de pastillas diferentes diarias: tensión, cabeza, dolores, colesterol, etc.
- Más o menos hasta los 84-85 años ella paseaba sola, sin ayuda (con el bastón, a veces, como única ayuda). A partir de ahí, necesita acompañante e ir del brazo de alguien. Y silla de ruedas.
- Se ve impotente en este estado al no poder realizar tareas normales pues es consciente de todo lo que ocurre a su alrededor pero se ve incapacitada para realizar ninguna tarea. Ella que ha sido siempre muy activa se ve relegada a estar sentada todo el día pasando de la radio a la lectura o al ganchillo o a hacer los ejercicios físicos que puede, etc., o sea, un aburrimiento plácido, demasiado suave. Lo peor, los dolores, pues siempre están ahí, aunque poco a poco se acostumbra a ellos ¡qué remedio! y cada vez les echa menos cuenta.
- Por ejemplo, solo puede dormir del lado izquierdo, pues del derecho no puede echarse. La vista, por otra parte, no le ayuda a realizar muchas actividades pues ni ve bien y además se cansa mucho, así que tiene que ir de un tema a otro continuamente. Los dientes vuelven a dar problemas.
- Otra es la postura de sentada. Si bien se encuentra semi tumbada, que es la postura más cómoda, también se acaba cansando.
- Los días se le hacen muy largos, las horas muy largas, el tiempo pasa muy lentamente. Las tareas diarias distribuidas en diferentes horarios ayudan a pasar el tiempo, aunque quizá sería necesario marcarse unos objetivos a medio plazo lo que conllevaría, quizá, a que el tiempo se hiciera más corto.
- Una frase de la abuela que me ha impactado, escrita en la escuela de memoria a dónde va, es: “Mirando al cielo veo las estrellas y pienso que una de ellas es mi niña” Sin palabras.
- Y un largo etcétera de cosas cotidianas que tiene que sufrir.

Y, en fin, ahora sí, vamos con lo que ella nos quiere contar sin quitar ni poner nada a su relato.

En realidad, esto no es sino una recapitulación, de lo dicho en su libro, y de despedida, recapitulación y despedida que la abuela ha escrito en casi cinco diferentes versiones, cada uno de ellas de memoria, sin recurrir a lo dicho en las anteriores, y que yo he completado partiendo de la última versión que es la más completa.

Y realmente es una carta de despedida y así lo manifiesta ella de palabra y por escrito pues, dice, “prefiero despedirme ahora que aún puedo que más tarde que puede ser que ya no sepa o pueda despedirme”.

Así que quiere celebrar una comida con todos los que puedan venir como una especie de despedida última, aprovechando que no celebró su última onomástica el 26 de julio por problemas de dentadura, ya que andaba rabiando con tratamientos, extracción de dientes, ajustes e, incluso, con una visita a urgencias del hospital pues le iba la vida en ello. Sus hijas, que lo vivieron de cerca, no han superado aún el susto.

Y ahora sí, veamos esa recapitulación y despedida directamente, de sus palabras escritas en cuaderno de anillas. Ella ha escrito, como dije, cuatro casi cinco versiones diferentes y yo he tomado la última como referencia incorporándole algunas partes de las demás que me parecía que completaban y clarificaban mejor lo que es su forma de pensar, sus recuerdos y lo que nos quiere decir. Eso sí, yo he corregido algunos errores gramaticales o de enunciados para hacerlos entendibles para los más jóvenes sobre todo, pero respetando con exactitud lo que ella dice o quiere decir, sus palabras. Así que, esta es su...

### **Carta de despedida (Epílogo)**

Me llamo Ana Escribano Escribano y quiero hacer un resumen de lo que ha sido mi vida que, aunque es un poco “aburrída”, así quedará escrita para el que la quiera leer y, así, recordar también un poco lo mucho que he dejado atrás.

Nací en una familia de “media capa”, como se suele o solía decir y que en aquellos tiempos era algo así como de lujo, de clase media alta, con chacha a la antigua incluida. Mi madre tenía algunas tierras aunque mi padre no tenía nada. Por eso mis padres, sobre todo mi padre, tenían por norma de vida, lo que en aquellos tiempos era normal, que los hijos tenían que ayudar desde pequeños para ahorrar jornales y así poder comprar nuevas tierras y agrandar el poderío y riqueza de la familia, eso sí, a costa del trabajo y esfuerzo de los hijos.

Así es que se pusieron a la tarea y trajeron al mundo catorce hijos de los que yo fui la tercera, o sea la mayor de las niñas, lo que me convertía en la mayor para ayudar a criar a los demás niños, mis hermanos. Es decir, yo era como la segunda madre en la familia. Así es que desde los nueve años yo, además de cuidar de ellos, trabajaba en los quehaceres de la casa, trabajaba en el campo cuando hacía falta por lo que a la escuela solo fui el poco tiempo en el que no tenía trabajo, que no era mucho. Pero los niños sí iban, los barones tenían ese privilegio, y las niñas, como mi hermana y yo, nos turnábamos para ir a la escuela: un día iba ella y otro yo cuando se podía. Y no por

mucho tiempo. Así que pasé mi niñez y juventud trabajando, labrando y cosiendo. Y coser porque me enseñó mi tía Dolores ya que mi madre sabía poco, pero mi tía sí, y me enseñó a coser. Yo quería también aprender a cortar y ella me enseñó un poco también, aunque yo quería más y de hecho, yo que iba a que hiciera los cortes una costurera que trabajaba para la casa de mis padres, cierto día en el que me cansé de esperarla me dije, “ya no vuelvo más” y así que me volví a casa y me propuse cortar unos pantalones y aunque mi madre me dijo, “pero, niña, ¿y si los estropeas?, pues se compra otra tela, respondí, y así empecé yo a cortar también la ropa que hacía por lo que al final acabé de costurera de la casa de mis padres, la de mi suegra y la mía propia y algún que otro encargo familiar que me caía. Y criar niños, claro, primero los de mi madre, luego los míos. En fin, ama de casa de las de siempre.

Y ahora empezaré con mi vida de casada. Me casé a los veinticuatro años y al año de casada nació mi primera hija, que nació en casa de mis padres dónde pasé mi primer año de casada, ya que por entonces todavía no teníamos casa propia. A los pocos días de nacer la niña, nos fuimos ya a nuestra propia casa en El Cercao, que ya estaba terminada, y en la que vivimos nuestra vida de casados mi marido, yo y los muchos niños que uno tras otro trajimos al mundo.

Mi marido trabajaba al principio con mi padre en el campo y al mismo tiempo tenía que llevar las tierras de su madre, mi suegra, pues él hacía de padre para con sus hermanos, ya que a su padre lo fusilaron en la guerra, sin juicio y sin razón. Pero así eran las cosas entonces. Por eso, cuando tenía que hacer cosas en la casa de su madre se iba unos días y, en algunos casos, le sustituía uno de sus hermanos en las tareas para con mi padre. Pero eso no le hacía gracia a mi padre y empezaba a desconfiar de él y, al poco tiempo, mi hermano Manolo que era un bruto pues hasta la gente le llamaba “aramundos” de lo bestia que podía ser, cuando se iban solos a trabajar apretaba y se forzaba más de lo normal para vencer a mi marido y dejarle en ridículo o poder echarle en cara su poco rendimiento, pero no podía en tareas normales, hasta que llegó el tiempo de la siega que ahí sí le venció, porque el abuelo se rompió un brazo por dos sitios estando chico y no podía hacer el trabajo tan duro al que el otro le sometía. Ese día, mi hermano le llamó de todo y si no es por “Mantalombro”, una especie de capataz que tenía mi padre, se pegan y todo.

Desde ese día, el abuelo ya no trabajó con mi padre, se fue y, eso sí, le pidió a mi padre que le dejara una bicicleta vieja que fue de mi hermano Francisco pero mi madre no quiso dársela y eso que él la pedía para poder ir a buscar trabajo en otros sitios y así ganarse un jornal, pero no pudo ser. Más tarde se colocó de guarda en Rojas, un cortijo que lindaba con nuestra tierra y casa y así se abrieron un poco las cosas para la familia, pues ya tenía un jornal fijo, además de que le dejaban que en sus tierras pudiera llevar a pastar las ovejas, obtener leña para la chimenea e incluso sembrar algunas cosas ya que en la finca de mi padre dónde teníamos la casa, mi padre no nos dejaba ni sembrar, ni obtener leña y mucho menos llevar a pastar las ovejas y animales. Un pequeño y mínimo huerto era todo lo que nos permitía.

Pero, en fin, a pesar de que en estas condiciones empezábamos a no estar mal del todo, yo quería otra forma de vida para mis hijos, yo no quería que fueran analfabetos, ni que su vida la pasaran tirados en el campo como gañanes, o, como yo, que apenas

aprendí lo básico y lo que pude aprender de escuchar a mis hermanos pues a ellos sí, a ellos, mis hermanos, mi padre les puso un maestro para que les diera clases nocturnas pero a las mujeres no, las niñas y mujeres de entonces no teníamos derecho a saber, ni a leer ni a escribir, solo a coser y cómo llevar una casa y atender a los hombres, así que yo allí veía pocas posibilidades para que mis hijos e hijas pudieran ir a la escuela pues, entre otras cosas, las escuelas que allí había eran pocas, lejos y no siempre accesibles.

Y es que yo críe a mis hijos en una casa en la que no había ni agua, ni luz, ni nada, solo tierra y olivos alrededor. El agua había que traerla de pozos lejanos, hasta que logramos poner una tinaja en la explanada de la puerta y así teníamos agua para un tiempo, antes, día a día había que ir con los cántaros y la burra, cuando la tuvimos, o si no al hombro hasta los pozos. Las tiendas para comprar algo estaban lejos y las casas de mis padres y suegra bastante lejos también y sólo había tres casas vecinas más cercanas, muy buenas familias que nos ayudaban pero, claro, ellos tenían sus casas y familias y tenían que trabajar para ellos mismos, así que, pasamos un tiempo muy malo, con mucho sufrimiento, pero lo superamos.

Así es que el abuelo y yo lo hablamos pero no sabíamos cómo resolver el problema hasta que, ¡por fin!, un día cambiaron las cosas, nos salió una oportunidad. Mi marido, el abuelo, que estaba siempre trapicheando, había colocado a los dos hijos mayores en el Sindicato y luego en la Cooperativa, pues él también estaba allí metido en algo y compró una casita en el pueblo de las que se hacían entonces por la administración pública para familias con necesidades y en la que lo que se pagaba era una pequeña cantidad, como un alquiler, y se fueron a vivir en ella los dos niños y una de mis hijas. Mi hija y uno de mis hijos ya vivían en el pueblo pero en casa de mis padres, el otro no, iba y venía todos los días del pueblo a nuestra casa del campo pero a partir de entonces también se quedó allí. Así que mi hija les hacía la comida y llevaba la casa.

En estas estábamos, cuando a mi marido le ofrecieron un bar en arrendamiento y cuando él me lo dijo yo vi el cielo abierto. Esa era la oportunidad que yo esperaba para mejorar la vida de mis hijos. Mis padres decían que estábamos locos, mi suegra y cuñados lo mismo, pero yo no me arredré ni les hice caso y echamos para adelante y nos fuimos todos al pueblo., contra viento y marea y contra todos. Así es como pudimos empezar una nueva vida y darles una mejor educación a los hijos y que éstos no se vieran condenados a ser campesinos, que era para lo que estaban predestinados, sin otras posibilidades, que no las había, si hubiéramos seguido en el campo. Así es que nos acoplamos en la nueva casa como pudimos, durmiendo en literas y con poco espacio hasta que conseguimos hacerle unos arreglillos y agrandarla algo. Y así, los más pequeños iban al colegio, los mayores trabajaban, otros ayudaban en el bar con su padre al frente y yo en la cocina y así nos fue muy bien durante bastante tiempo.

Y fuimos muy felices hasta que las cosas se torcieron. Su padre, mi marido, se puso enfermo con 58 años, en lo mejor de su vida, y se nos fue en poco tiempo, el día de San Pedro, y me quedé sola con cinco menores, otros casados y..., en fin, a seguir la lucha. Yo seguí con el bar y la lucha, con mis hijos y feliz, pues ninguno ha salido malo, son personas responsables y todos son queridos.

Y cuando ya se casaron los más pequeños me compré un solar y me hice una casa y me fui a ella con mi niña. Y allí estaba feliz en mi casa y con mi niña, casa que no era pequeña y que cuando le hacía falta a alguno porque no había comprado la suya o algo, pues se venía a la mía, conmigo, hasta que se arreglara.

Así pasaron dos o tres años, pero la vida no es un jardín de rosas y llegó lo inesperado: mi niña de 21 años enfermó gravemente. Desde ese momento estuvimos a cada instante en el médico hasta el final, aunque en un momento de mejora me dijo que se quería casar y hablamos de que su hermano le vendiera el piso de arriba de nuestra casa, cosa que el aceptaba, y así ella seguiría conmigo, cerca de mí para cuidarme. Pero la cosa empeoró fatalmente. Un derrame cerebral, y no hubo salvación. Ella, que había estudiado en Córdoba, que tenía novio e iba a casarse...

Y cuando murió, yo me quedé muy mal, me quedé desorientada, tenía toda mi vida puesta en ella ya que era la más chica y muy mimosa y dulce. Para mí todo se vino abajo en un momento, no sabía qué hacer, ni qué pensar, no vivía sin ella...

Pero, como la vida sigue, tuve que sacar fuerzas para seguir luchando. Nunca pensé que yo podría soportar tanto sufrimiento. Hoy, con noventa años, aquí estoy con todo aquello y todo lo que ha venido después pero, lo llevo bien. Cuando ella me faltó, se vino otra de mis hijas conmigo aunque no para siempre, solo hasta que se compró una casa y entonces, mis hijos, de acuerdo todos, decidieron que una de mis hijas se viniera a vivir conmigo el resto de mi vida y a cambio la casa, mi casa, se la dejaba a ella como herencia y así se hizo. Mi hija Rosi se vino y así estamos, aquí sigo luchando a mis años, o contra mis años, pero lo llevo bien, no estoy mal, estoy cuidada y acompañada, no estoy sola y llevo una vida tranquila. Pero estoy muy cansada, son muchos los años ya y como no me puedo hacer muchas cosas, me tienen que hacer casi todo y yo me desespero pues estoy todavía con ganas de moverme, pero no puedo y me agobio pero... ¡esto es lo que toca llevar!, así que a resignarme.

Así es que escribo todo esto porque me acuerdo y por dejar escrito algo sobre mi tormentosa vida, aunque a pesar de todo he sido feliz, pues nunca me ha pesado el trabajo ni trabajar de noche o de día para sacar adelante a mi familia e hijos y lo mismo hice en casa de mis padres ya que, por ser la mayor de las hembras, me tocaba a mí ese trabajo. Me siento orgullosa de ver que a los 90 años todavía puedo escribirlo, aunque con torpe letra, y contarle todo, lo bueno y lo malo, todo lo que he dejado atrás que no es poco. Así que, tormentosa pero feliz vida, en la que me he sentido muy querida por parte de mi marido e hijos y todos los que me han tratado. Mi Rosi me trata muy bien, tengo todo lo que quiero y todos se portan muy bien conmigo así que ¡que más le puedo pedir a la vida que terminarla tranquila y rodeada de los míos!

Quiero terminar este relato, aunque con mucha resignación por mi parte, pero con todo su sentido y sabiendo lo que hago y digo pues, a mis 90 años, estoy sentada en el patio de mi casa tranquila y feliz dando el toque final a estas cuartillas.

Así es que me iré de este mundo satisfecha y feliz por todo lo hecho. Pido perdón por todos los errores que haya tenido en mi vida y también por los errores que haya en este escrito pues, como he dicho, mis estudios han sido pocos.

Por eso, yo agradezco a todos los que tengo a mi alrededor lo que hacen por mí. Me voy feliz y contenta con todo lo que he hecho, lo que he luchado por todos y todo, en fin, lo que rodea mi vida. Algunos no lo saben; otros sí.

Abrazos para todos mis hijos, mis nueras y yernos, nietos, bisnietos y demás familia, de los que me despido con abrazos y besos para todos y deseándoles que lo que la vida les tenga reservado sea una vida muchísimo mejor que la que yo tuve, sobre todo la de antes, pero que termino sin una queja, ya que me voy muy feliz de lo hecho y vivido.

Y espero que los míos sepan valorar mi lucha en esta vida pues yo creo que no lo he hecho mal, ya que mis hijos son estupendos, y no lo digo por ser su madre, sino porque todos los que los conocen y los tratan lo dicen, así que me siento orgullosa de ellos así como de mis nietos que también son buenos y de los bisnietos... Si su abuelo los hubiera conocido estaría loquito con ellos.

En fin. Como resumen diré, que mi marido murió a los 58 años, mi niña a los 21 y el más pequeño que no he citado antes, Emilio, que murió antes de cumplir el año y, en estas estamos, esperando, pues no sé lo que me faltará a mí para terminar mis días ya que estoy en mis noventa años y dando guerra, que es lo que hacemos los mayores a estas alturas, pero parece que Dios no se acuerda de mí todavía, no sé si es por castigo o qué, el caso es que aquí estoy padeciendo. Con esto quiero decir, que ya está bien de sufrimiento, estoy cansada de sufrir y de dar guerra a los demás.

Yo me marcho de este mundo satisfecha por todo. Me voy con mi niña y mi marido que me esperan.

Y se despide de todos, vivita y coleando, esta que lo es...

Ana Escribano Escribano

14-agosto-2013